

Cuenta la historia que con motivo del asesinato de sacerdotes cristianos por algunos fanáticos africanos, San Agustín escribió al tribunal encargado de juzgar á los asesinos invocando la fé que sus miembros tenían en Jesu-Cristo para pedir el perdón de los culpables, en nombre de la misericordia divina.

Nosotros, imitando al doctor de la Iglesia de Occidente, á la vez que agradecemos á *El Bien* la solicitud con que trata de corregir nuestros errores y nuestras faltas, le suplicamos que, use con nosotros una crítica menos dura, siquiera sea, ya que según él dice somos todavía demasiado niños, en honor á la memoria de aquel que reprendiendo dulcemente á sus discípulos les decía: *dejad á los niños venir á mí.*

J, A. R.

---

### Colaboración

---

## CUADROS CRIOLLOS

POR DON DOMINGO ARENAS

Leído en la velada de la Sección de Estudios Preparatorios de la Universidad de Montevideo.

### I

Apesar de que era primavera aquel amanecer tibio prometía un día sofocante. Los teruteros revoloteaban tristes, y los ganados, extrañando aquel calor prematuro, olfateaban el aire con desconfianza, como si presintieran peligros cercanos.

Al presentarse el sol en el horizonte estaba desconocido: más que el astro de todos los días, por su forma irregular y su color, parecía una enorme bala de cañón enrojecida hasta deformarse. La atmósfera estaba muy cargada y el cielo despejado; solo á lo lejos algunas nubes ce-

nicientas asomaban agrandándose y cambiando caprichosamente de forma al empuje de una leve brisa, que parecía el hálito ardiente y fatigoso del enfermizo gigante del norte: el Brasil.

Juan que volvía del rancho de su madre, montaba un soberbio redomón tordillo: de esos animales mitad potro, mitad caballo, que á la salvaje agilidad del uno reúnen la mansedumbre naciente del otro.

Sentado en el recado con la firme soltura con que nuestros gauchos saben hacerlo, mostraba unos brazos robustos y un pecho saliente mal cubiertos por la entreabierta camisa y por el pañuelo de golilla que le caía á un lado. De la cabeza implantada sobre un cuello poderoso brotaba una espesa mata de largos y enredados cabellos castaños. A su fisonomía trigueña daban mucha expresión unos ojos azul-claros, una nariz perfecta y unos labios que siempre sonreían tristemente á la sombra de un delicado bozo; y las piernas dentro de las anchas bombachas hubieran parecido inmóviles y pegadas á los lados del tordillo, á no ser el tintineo de las espuelas sujetas á sus gruesas botas cuya punta descansaba apenas en el redondo estribo.

Galopaba sin mirar, con el sombrero muy atrás, sujeto por el barbijo, sin distraerse por la belleza para él tan familiar de aquella verde y ondulada llanura, atravesada por zanjas y limitada por sierras que se perdían á lo lejos, confundiéndose con el azul del cielo y en la que pastaban vacas, retozaban potrillos, y acá y allá corrían venados y avestruces para esconderse en los espesos chilcales; tampoco lo inquietaban las espantadas de su arisco tordillo provocadas por la algazara de su perro rabón, que con la lengua de fuera, corría de un lado para otro levantando

perdices; y solo de rato en rato, después de un profundo suspiro, miraba hacia adelante para orientarse y castigaba, mostrando de este modo su impaciencia por llegar.

Siguió así mucho rato. Al llegar á una pequeña loma no pudo menos que salir de su ensimismamiento para mirar; es que tenía ante sí uno de esos espectáculos hermosos, que la naturaleza ofrece á veces y ante los cuales el hombre no podrá pasar nunca sin rendirles homenajes con su mirada y admiración.

De izquierda á derecha y entre dos hileras de cerritos que parecían colocados como para vigilar los movimientos de un enemigo audaz, corría un arroyo encajonado entre altas barrancas. Desde donde estaba Juan lo veía en un gran trecho sembrado de islitas, deslizarse sin ruido, lamiendo los costados de un monte espeso lleno de nidos de pájaros, de camoaties, atravesado por caminitos, obra de los carpinchos, y presentando en los recodos, donde las aguas eran mas mansas, grandes superficies cubiertas de verdes camalotes.

Al llegar á cierta altura sus barrancas se ensanchaban y un monton de piedras de todos tamaños y figuras interceptaba el cauce del arroyo. Este, al verse detenido de aquella extraña manera, murmuraba un momento; despues cambiando de táctica para pasar, se dividía en muchos brazos chicos y grandes y mientras los unos daban rodeos, los otros mas audaces saltaban briosos por encima de las rocas salpicándolas de espuma y produciendo, en conjunto el rumor del agua hirviendo en una olla enorme. Luego, al reunirse, se arremolinaban un momento como para felicitarse de su triunfo, y seguían despues juntos, formando de nuevo un solo brazo que corría con mayor rapidez, por entre las barrancas otra vez estrechadas.

Aquel era el paso llamado de las piedras, único lugar vadeable del arroyo, y por donde pasó Juan con grave peligro de ser estrellado por los saltos del asustadizo caballo.

Desde que vadeó el arroyo el aspecto del terreno cambió completamente, sucediendo á la llanura una superficie muy quebrada formada por la falda de una sierra.

Pasó siempre á media rienda, por una mina abandonada de la que no quedaban más que pozos profundos rodeados de moles de cuarzo y de arena rojiza que parecía sangre endurecida brotada de la tierra al ser herida por el pico; algunas ruinas de ranchos en cuyas removidas paredes de terrón hacían su guarida los lagartos; y á uno y otro lado picos sin mango, azadas rotas, pedazos de rueda, todo carcomido por el orín, ese gusano de los organismos de acero. Pasó la portera de un alambrado cuya hilera de postes, bamboleantes algunos, se perdía en un recodo de la sierra sosteniendo los oxidados alambres, y subiendo siempre, llegó á una casa que parecía colgada del flanco de un gran cerro.

Era de material y sus paredes muy blancas aparecían desde lejos como grandes manchas al través de la espesa arboleda que la rodeaba. Tenía á los lados dos grandes galpones de cuyos tirantes colgaban cinchas, maneadores y otras prendas del mismo género y un poco más lejos un corral de piedra; lo cual, junto con una docena de perros que se peleaban por roer las *garras* de un cuero recién estaqueado, una bandada de gansos que se bañaban en la lagunita situada á pocos pasos de la casa, y varios caballos atados al palenque, le daba á aquella el aspecto de lo que realmente era: Una estancia.

Don Yuca, que era el dueño, se recostaba perezosamente en el marco de la puerta. Tenía unos cuarenta años,

flaco, envuelto en un poncho de verano, con un *pucho* detrás de la oreja y escarvándose los dientes con la punta del cuchillo, presentaba un conjunto antipático que lo señalaba al momento como el tipo judío de la campaña, sin otra aspiración que ver sus campos llenos de ganados, y sin conocer otro dolor moral que el producido en ellos por el estrago de las epidemias. En aquel momento calculaba el número de terneros que se marcarían al otro día, y debía de estar muy satisfecho del resultado á juzgar por la codiciosa alegría que brillaba en sus ojos y por el aire con que, al cambiar de postura, empezó á acariciarse los mechones grises de su barba.

Al llegar Juan pasó sin que don Yuca lo mirara; se apeó en el galpón é iba á desensillar, cuando de repente se quedó pálido, sin moverse y respirando apenas, con la mirada fija en la ventana de la casa que tenía al frente.

Por ella asomaba un busto soberbio de mujer, terminado por una cabeza más soberbia todavía, de la que se desprendía una larga brazada de negros cabellos. En su faz algo tostada por el sol pero correctísima, lucían unos ojos grandes, muy grandes, trás de unos párpados apenas entreabiertos, á través de los cuales sus pupilas, protegidas, por hermosas pestañas, miraban con curiosidad como pilluelos por la rendija de una puerta.

Sonriéndose y mostrando así unos dientes blanquísimos, dijo:

—Cómo has demorado Juan! ¿tu madre estaba enferma?

—No, pero. . . me extrañó usted, Gervasia, le respondió balbuceando.

Gervasia se puso roja, lo miró con los ojos muy abiertos mostrando así algo tan hermoso, como un mundo y se alejó sin contestar. Ya hacía rato que había desaparecido,

y sin embargo Juan seguía mirando; deslumbrado, veía con aquella encantadora imagen proyectada en el hueco de la ventana.

Y es que Juan la amaba con un amor tan grande como los horizontes que conocía; con un amor tan puro, como el aire que había respirado toda su vida. Hacía tres años que trabajaba en la estancia, hacía tres años que la había visto por primera vez, é igual tiempo hacía que su pensamiento no producía una idea que no estuviera empapada en su recuerdo.

Nunca volvió á la casa, de sus trabajos en el campo sin llevarle algun pichon de perdiz; algun nido con sus huevos ó pollitos bajado penosamente del alto y espinoso árbol; ó un panal de miel arrebatado á costa de muchas ronchas á las laboriosas y zumbadoras avispas. Gervasia aceptaba todo aquello agradecida y ruborizada; comprendía todo el significado de aquel nuevo lenguaje y lo aceptaba tambien; pero, como Juan nunca le había dicho nada claramente. . . . ¿Y cómo había de atreverse el pobre, tratándose de la hija de su orgulloso patrón, ya destinada por éste á un ricacho sobrino?

(Continuará)

---

## LITERATURAS ORIENTALES

POR

HORACIO GARCÍA LAGOS (hijo)



Conferencia leida en el aula de Literatura de la Sección de Enseñanza Secundaria

I

### L a I n d i a

Sale el Sol radiante, besando á la Tierra al despertar y recogiendo pliego á pliego los muchos de su estrella